

demia que acababa de abrir en su casa de Madrid un grande que realizaba así la corte de Felipe II, como lo había hecho el esclarecido Hernán Cortés con la de Carlos V; pues Cervantes, hablando de las academias italianas, apellida á ésta *academia imitatoria* de Madrid.

En los cuatro años consecutivos después de su casamiento, esto es, de 1584 á 1588, Cervantes, vuelto á literato y al mismo tiempo vecino de Esquivias, orilló la poesía pastoril, que nada rentaba, para vincularse en el teatro, carrera única de provecho que ofrecían á la sazón las humanidades. En su niñez, el teatro español, fugitivo de la iglesia y como secularizado, había empezado á campar por las plazas públicas, en los tablados de Lope de Rueda, aquel Esquilo andarriego, ingenio y comediante, humilde fundador positivamente de los coliseos en que luego se habían de esclarecer Lope de Vega, Calderón, Moreto, Tirso de Molina, Solís, y donde tenían que venir á inspirarse Corneille y Molière. La corte de España, que solía peregrinar de una en otra capital de provincia, se avecinó por fin en Madrid en 1561, donde se edificaron, por los años de 1580, los dos teatros permanentes todavía de la Cruz y del Príncipe. Entonces algunos de los ingenios se allanaron á trabajar para la representación, que hasta la sazón había corrido á cargo de los autores que componían por sí mismos las farsas de su caudal. Uno de los primeros entrantes en esta nueva carrera fué Cervantes, y su principio fué una comedia en seis actos, arreglada á sus mismas aventuras, titulada *Los Tratos de Argel*. Siguiéron á esta composición mas de otras veinte, entre las cuales se engreie citando y elogiando él mismo *la Numancia, la Batalla Naval, la Gran Turquesca, la Entretenida, la Casa de los zelos, la Jerusalem, la Amaranta ó la del Mayo, el Bosque amoroso, la Unica y bizarra Arsinda*, y ante todo, *la Confusa*, que pareció, según cuenta, *asombrosa en los teatros*.

Tan solo el nombre quedaba de estos dramas y de algunas otras obras, y se condolían los curiosos de esta pérdida. Se conceptuaba que con aquella fantasía tan grandiosa, un temple tan placentero, un despejo tan sumo y un gusto tan cabal, que tan enterado de las reglas teatrales, que suele desentrañar tan atinadamente en el Quijote, que con tantas alabanzas como tan candorosamente se apropia como autor cómico y el número que realmente demuestra en sus entremeses, se conceptuaba, repito, que esas obras habían de ser perfectas. Por desgracia de su nombradía dramática, se hallaron hasta tres ó cuatro, entre ellas, *la Numancia, la Entretenida y los Tratos de Argel*, que,

lejos de corresponder á los pésames que habían ocasionado, aventajaría por cierto en extremo el concepto del autor, si no se las conociese mas que por la reseña muy paternal con que las menciona. Ejemplo trascendental, y no será el único que ha de darnos, de la imposibilidad patente, aun poseyendo un número sobresaliente, de juzgarse atendidamente á sí mismo.

De todos estos hallazgos, el mas aventajado es sin disputa el de su tragedia de Numancia; pues, aunque agena de la perfección, deja muy en zaga á las tragedias de Luperco de Argensola, á las cuales anda Cervantes tributando elogios muy extraños en pluma tan poco aduladora, (*Don Quijote*, parte I, cap. 48). En los impulsos heroicos de un pueblo que se abalanza á la muerte por conservar su libertad, en los tiernos episodios que invocan, en medio de aquella catástrofe inmensa, el entusiasmo de la amistad, del amor y del cariño maternal, se va desentrañando toda la inventiva de aquella alma tan grandiosa y tan sensible. Pero el conjunto de la obra es desacertado, el plan inconexo y vagaroso, y los pormenores mal enlazados; pues el interés tan repartido se postra y se anonada. Los entremeses son en su total las mejores obras teatrales de Cervantes, con la particularidad de que estos llamados *sámetes* se representaban, no después de la composición principal, sino en los intermedios de las tres jornadas. Han parecido hasta nueve entremeses de Cervantes: *el Juez de los divorcios, el Rufian viudo, la Eleccion de los Alcaldes*, etc., que por lo mas son un dechado de raudal picareseo.

El menesteroso Cervantes careció luego de la honra y el provecho que se prometía con sus logros teatrales. Agotóse el manantial. Las comedias, como dice él mismo en su prólogo, tienen su tiempo y sazón. Vino entonces á reinar en el teatro aquel monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, que se apoderó de la monarquía cómica, avasalló á los comediantes, y llenó el orbe de sus comedias. Apeado del teatro con otros muchos por la fecundidad fabulosa de Lope de Vega, tuvo Cervantes que acudir á otro oficio, menos genial por cierto y menos esplendoroso, pero que pudiese proporcionarle sustento. Pasando ya de cuarenta años, sin patrimonio, sin galardón por los veinte años de servicios y desdichas, tenía que sobrellevar el peso de una familia, recargada con sus dos hermanas y su hija natural. Un consejero de hacienda, Antonio de Guevara, fué nombrado, al principio de 1588, proveedor de las escuadras y flotas para las Indias en Sevilla, con facultades de agregarse cuatro comisarios para auxiliárle en el desempeño de

sus funciones, pues se trataba de completar la habilitación de la armada Invencible, destrozada luego por los ingleses y las tormentas. Ofreció Guevara uno de aquellos destinos á Cervantes, quien marchó para Sevilla con toda su familia, excepto Rodrigo su hermano, que seguía sirviendo en los ejércitos de Flandes.

El paradero pues del autor de la *Galatea*, de un poeta dramático veinte veces vitoreado, es el de un dependiente de provisiones. Hay mas; pidió al rey, con un memorial del mes de Mayo de 1590, un empleo de pagador ú oficial real en la Nueva Granada, ó de corregidor de algun pueblo de Guatemala, con ánimo de pasar á América. Por dicha quedó su instancia encarpetada en el Consejo de Indias.

Permaneció Cervantes en Sevilla por algun tiempo, pues fuera de tal cual correría por las Andalucías y un viage á Madrid, vivió allí hasta diez años consecutivos. Después de ser dependiente del proveedor Guevara, lo fué todavía dos años de su sucesor Pedro de Isonza, y luego, al quedar sin destino por la supresión del principal, paró en agente de negocios, y vivió muchos años de las comisiones que le encargaban los ayuntamientos y otros cuerpos, y aun particulares acaudalados, entre ellos Don Hernando de Toledo, señor de Cigales, cuyas fincas administró y fué amigo suyo.

En medio de afanes tan impropios para su ingenio, no se había despedido Cervantes de las musas; pues les tenía consagrado reservadamente su culto, y seguía dando pábulo al fuego innato de su número. La casa del célebre pintor Francisco Pacheco, maestro y suegro del gran Velazquez, estaba entonces patente á toda clase de ingenios; el taller de aquel artífice, que gustaba también de poesía, era, según Rodrigo Caro, *la academia general de toda la gente culta de Sevilla*; y siendo Cervantes uno de los concurrentes mas continuos, figuraba su retrato en aquella galería peregrina de mas de cien personajes descollantes, que el pincel del maestro había ido juntando y retratando al vivo. Entabló allá su amistad con el esclarecido poeta lírico Fernando de Herrera, cuya memoria ha venido casi á fenecer en España, pues no consta la fecha ni de su nacimiento ni de su muerte, ni tampoco queda particularidad alguna de su vida; y sus obras, ó mas bien las subsistentes, se hallaron á trozos en manos de sus amigos. Cervantes, que compuso un soneto á la muerte de Herrera, tenía también amistad con otro poeta, Juan de Jáuregui, traductor elegante de la *Amin-ta* del Taso, cuyo traslado, corriendo parejas con el original, merece la estraña preeminencia de conceptuarse también

obra clásica. Cultivaba el pintor Pacheco la poesía, y dedicándose igualmente el poeta Jáuregui á la pintura, retrató ademas á su amigo Cervantes.

En aquella mansion de Sevilla fué donde escribió Cervantes las mas de sus *Novelas*, cuya coleccion, ya abultada, no salió á luz hasta mucho después, entre las dos partes del Quijote; y así las travesuras de dos rateros famosos, presos en Sevilla el año 1569, y cuya historia era muy popular, le suministraron el asunto de *Rinconete y Cortadillo*. El saqueo de Cádiz, donde vino á desembarcar el 1.º de Julio de 1596 la escuadra inglesa mandada por el almirante Howard y el conde de Essex, le dió margen para idear *la Española Inglesa*. Escribió igualmente en Sevilla *el Curioso Impertinente*, que embebió en la primera parte del Quijote, *el Zeloso Estremefado*, y *la Tia Fingida*, con recuerdos de Salamanca, y cuyo título se sabia únicamente, hasta que por fin se descubrió su manuscrito.

Hasta Cervantes, y desde las guerras de Carlos V, que les franquearon la literatura italiana, los españoles se habían ceñido á traducir los cuentos deshonestísimos del *Decameron* y de los imitadores del Bocaccio: por tanto dijo en su Prólogo: "... Yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas, todas son traducidas de lenguas extranjeras; y estas son mias propias; no imitadas, ni hurtadas: mi ingenio las engendró, y las parió mi pluma." Llamólas *ejemplares*, para diferenciarlas de los cuentos italianos, y porque no hay una, como lo espresa él mismo, de que no se pueda sacar un ejemplo mas ó menos provechoso. Dividense ademas en *serias y jocosas*, habiendo siete de las primeras y ocho de las segundas.

Mr. de Florian, que tiene á bien calificar las *Novelas* de Cervantes de *agradables*, le tributó el obsequio de arreglar dos en frances, la que titula *Leocadia* (la Fuerza de la Sangre), y el *Diálogo de los perros*. Las manejó cabalmente como á la *Galatea* y el *Quijote*, y es por cierto gran lástima el ver las obras de tan esclarecido número osadamente anasadas, cercenadas y lisiadas por tan escaso ingenio. ¿Quién hallará en las diez páginas engreídas y macilentas de *Leocadia* la relacion briosa y patética de la *Fuerza de la Sangre*? ¿Quién recordará en el coloquio desgarbado de *Escipion y Berganza*, verdaderos falderillos de retrete, aquel escarnio travieso de los errores humanos, y aquellos rasgos de moralidad trascendental, con que se escopetean los dos guardas del hospital de la Resurreccion? Las *Novelas* son, tras el *Quijote*, la patente mas iinda de Cervantes para su inmortalidad.

Allí se desenvuelve bajo mil trazas diversas, aquel ímpetu de fantasía mas y mas inceshausta, aquella blandura de su pecho afectuoso, aquel raudal de su agudeza burlona y nunca avinagrada, aquel caudal de lenguaje que se va amoldando á todos los asuntos, y en fin, el sinnúmero de prendas que descuellan á porfía en la historia de la cariñosa Cornelia, y en aquel cuadro asombroso de costumbres estragadas, llamado *Rinconete y Cortadillo*, cuyo único lunar es acaso el de no poderse trasladar á ningún otro idioma.

Al fallecimiento de Felipe II, acaecido el 13 de Septiembre de 1598, se encumbrió en la catedral de Sevilla un catafalco suntuosísimo, el monumento mortuario mas portentoso, dice un cronista de la función, que humanos ojos hubiesen tenido la dicha de ver. Con este motivo compuso Cervantes aquel célebre soneto burlesco, donde con tanto gracejo se mofa de la valentonería andaluza¹. La fecha del soneto es del caso para deslindar el término de su mansion en Sevilla, de donde partió para siempre por la causa siguiente.

Cervantes, que bajo tantas luces se parece á Camoens, padeció el mas cruel quebranto que lastimó el pecho de aquel poeta esclarecido, cuando acusado de malversador en su cargo de abastecedor en Macao, fué encarcelado y procesado ante el tribunal de cuenta y razon; Cervantes, al par del cantor de las *Lusiadas*, hallándose pobrísimo, se sinceró obviamente de aquella acusacion. A fines de 1594, al liquidar las cuentas de su encargo, fué remitiendo caudales á la *Contaduría Mayor* en letras giradas desde Sevilla. Una de aquellas cantidades, procedentes de las recaudaciones del término de Vélez-Málaga, que ascendía á 7.400 reales, quedó remitida por él en especie á un traficante de Sevilla, llamado Simon Freire de Lima, quien se encargó de entregarla en la tesorería de Madrid. Pasó allá Cervantes á la sa-

¹ Este soneto es de la especie que llaman *estrambote*, por tener un terceto mas que los otros, componiendo diez y siete versos en vez de catorce; dice así:

Voto á Dios que me espanta esta grandeza,
Y que diera un doblon por describilla:
Porque ¿á quién no suspende y maravilla
Esta máquina insigne, esta braveza?
Por Jesucristo vivo, cada pieza
Vale mas que un millon, y que es manilla
Que esto no dure un siglo, ¡oh gran Sevilla!
Roma triunfante en ánimo y riqueza.
Apostaré que el ánima del muerto,
Por gozar este sitio, hoy ha dejado
El cielo de que goza eternamente.
Esto oyó un valenton, y dijo: "Es cierto
"Lo que dice voacé, ceor soldado,
"Y quien dijere lo contrario, miente."
Y luego incontinentemente,
Caló el chapeo, requirió la espada,
Miró al soslayo, fuese y no hubo nada.

zon, y echando menos al depositario, le reclamó el caudal sobredicho; pero Freire en el intermedio habia quebrado y huido de España. Acudió Cervantes á Sevilla y se encontró con todos los haberes de su deudor embargados por los acreedores. Presentó al rey un memorial, y por decreto de 7 de Agosto de 1595, se mandó al doctor Bernardo de Olmedilla, juez de los *grados* en Sevilla, alzar sobre los haberes de Freire la suma remitida por Cervantes. Ejecutólo así el juez y libró el dinero al tesorero general Don Pedro Mesía de Tobar, por letra de cambio girada el 22 de Noviembre de 1596.

Mostrábase á la sazón severísimo el tribunal de *Contaduría* por la liquidacion de cuentas con todos los dependientes del erario, que se hallaba de todo punto exhausto con la conquista de Portugal y Tercera, las campañas de Flándes, el estermio de la armada *Invencible* y los ensayos arruinadores que se habian franqueado á varios charlatanes hacendistas, llamados entonces *arbitristas*. El recaudador principal, cuyo agente habia sido Cervantes, fué residenciado en Madrid, y manifestó que sus documentos fehacientes paraban en Sevilla y en manos de Cervantes. Una cédula real de 6 de Septiembre de 1597 mandó, sin mas averiguaciones, al juez Gaspar Vallejo que se le arrestase y trajese escoltado á la capital, á disposicion del tribunal de cuenta y razon. Prendieron con efecto inmediatamente á Cervantes, pero afianzando el pago de 2.641 reales á que se reducía todo su descubierdo, se le libertó en virtud de segunda cédula fechada en 1.º de Diciembre del mismo año, bajo la condicion de presentarse á la *Contaduría* en el plazo de treinta dias á saldar sus cuentas.

No consta el paradero de aquel primer procedimiento contra Cervantes; pero algunos años despues, volvieron á acosarle con la misma cantidad de los 2.641 reales. El recaudador de Baza, Gaspar Osorio de Tejada, presentó con sus cuentas, á fines de 1602, un recibo de Cervantes, evidenciando que se le habia librado aquel dinero cuando estuvo comisionado, en 1594, para la recaudacion de atrasos en aquel pueblo y su distrito. Los individuos de la *Contaduría Mayor* á la consulta sobre el particular contestaron, con fecha de Valladolid, 24 de Enero de 1603, refiriéndose á la prision de Cervantes en 1597 por la idéntica demanda, y á su libertad concedida bajo fianza, añadiendo que no habia parecido por el tribunal desde aquella fecha. Con este motivo se trasladó Cervantes con toda su familia á Valladolid, á donde hacia dos años que Felipe III habia llevado la corte. Se comprobó con efecto que, el 8 de Febrero de 1603, su hermana Doña Andrea se esta-

ba dedicando á habilitar el equipage y prendas de un tal Don Pedro de Toledo Osorio, marques de Villafranca, recién vuelto de la expedicion de Argel; y se hallan, en aquellas cuentas caseras, que están demostrando los apuros de la familia, apuntes y notas de mano del mismo Cervantes. Quedó corriente con el tribunal de cuentas, ya satisfaciendo, ya acreditando su pago anterior, pues cesaron los apremios y le dejaron ya toda la vida en paz por aquella parte. Requeria el concepto de Cervantes tan menudos pormenores, y si ademas hubiera que demostrar euán intacto quedó su pundonor, bastaria la jovialidad con que él mismo anda mencionando tan repetidos encarcelamientos. Fuera en efecto desvergüenza, habiéndolos ocasionado alguna bastardía, y sus émulos, sus contrarios y zaheridores de toda calaña, que hasta le motejaron su manquedad, no se hubieran descuidado en tildarle por otro rumbo mucho mas amargo que el del amor propio de escritor.

Queda aquí un gran claro por historiar en la vida de Cervantes. Nada consta, desde 1598, cuando escribió en Sevilla el soneto sobre el túmulo de Felipe II, hasta 1603, que se incorporó con la corte en Valladolid, y en aquel intermedio de cinco años fué sin embargo cuando ideó, empezó y concluyó casi la primera parte del *Quijote*. Concuerdan varias probabilidades para suponer que dejó á Sevilla por 1599, y que se acercó en algun pueblo de la Mancha, donde estaba emparentado, y fué desempeñando algunas comisiones. La prontitud con que acudió al tribunal de cuentas, no deja duda en que se hallaba habitando algun pais menos lejano que la Andalucía de Valladolid en 1603, y lo sumamente enterado que se muestra en su novela de los parages y costumbres manchegas, comprueba tambien que la habitó de asiento. Se deja discurrir que se habia acercado en Argamasilla de Alba, y que al prohibirle su desvariado hijodalgo, tuvo la ocurrencia de escarnecer la botatería aldeana, que cabalmente por entonces anduvo pleiteando por sus regalías con tal empeño y terquedad, que redundó, segun cronistas contemporáneos, en mengua notable de la poblacion.

Al participar Cervantes muy de intento en su prólogo del *Quijote*, que la obra de su *estéril y mal cultivado ingenio es la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios... se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitacion*, se pregunta uno generalmente con afán: ¿Con qué motivo, en qué tiempo, en qué pais se le dió aquel desconsolado ocio de ánimo y de cuerpo de donde vino á salir uno de los

engendros mas esclarecidos del entendimiento humano? La opinion mas general fuera de España, fué de que ideó y empezó su obra en las mazmorras de la Inquisicion. Harta torpeza es por cierto, segun el dicho de Voltaire, la de meterse á calumniar la Inquisicion. En el turbion de tanta desventura, logró á lo menos Cervantes la dicha de no estrellarse jamas con ella. Se han ido cavilando en la Mancha mil congeturas, todas antojadizas. Opinan algunos que el desman le sobrevino en el lugar del Toboso, por una pulla que quiso echar á una aldeana, cuyos padres en desagravio lo encarcelaron. Pero el sentir de los mas es que los encarceladores fueron los vecinos del pueblo de Argamasilla de Alba, alborotados por sus apremios sobre atrasos de diezmos al gran priorato de San Juan, ó ya porque los defraudaba del riego llevándose las aguas del Guadiana para la fábrica del salitre. Lo cierto es que aun en el dia está mostrando el vecindario la llamada *casa de Medrano*, que la tradicion remota del pais cuenta por la cárcel de Cervantes. Consta igualmente que el desventurado comisionista de diezmos ó de pólvoras estuvo allí penando en tan sumo desamparo, que no pudo menos de acudir á su tío Don Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan, en demanda de resguardo y de socorro. Hay memoria de una carta de Cervantes al tío, que empezaba así:

"Largos dias y trasnochadas me acosan en esta cárcel, ó mas bien cueva...;" y en recuerdo de aquella tropelia, empieza su *Quijote* con estas palabras de harto comedido desagravio: "En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme."

Vuelto, tras unos trece años de ausencia, á la que se llamaba *corte*, esto es, á la residencia del monarca, vino Cervantes á ser un forastero. Otro príncipe y otros validos estaban gobernando el estado, y sus amigos antiguos ó habian fallecido ó andaban dispersos. Si el soldado de Lepanto, si el autor de la *Galatea* y la *Numanzia* quedó orillado cuando estaban aun vivos sus merecimientos, ¿estaria menos abandonado por el sucesor de Felipe II, tras quince años de arrinconado desamparo? Sin embargo, Cervantes, acosado por los apuros de su familia, esforzó de nuevo el partido. Presentóse á la audiencia del duque de Lerma, *Atlante del peso de aquella monarquía*, segun tiene á bien apellidarle, esto es, el agraciador todo poderoso. El engruido privado lo recibió con esquivéz, y Cervantes, lastimado hasta lo íntimo de su pecho pundonoroso y sentido, orilló para siempre el papel de pretendiente. Desde entonces, alternando entre tal cual agencia de negocios y

las tareas de su pluma, siguió viviendo resignadamente arrinconado y escaso con el producto de sus afanes y los socorros de sus dos amparadores el conde de Lemos y el arzobispo de Toledo.

La situación penosa de Cervantes, siempre menesteroso y desatendido, le hizo atropellar la publicación del *Quijote*, ó á lo menos de su primera parte que tenía ya muy adelantada. Se le concedió privilegio real, con fecha de 26 de Septiembre de 1604, para la impresión de su libro. Mas carecía de Mecenas que aceptase la dedicatoria y lo abrigase á su sombra; pues el seguir la corriente era una urgencia para Cervantes necesitado y desvalido, y mas para una obra de aquel jaez. Si el libro, cuyo título podía equivocarse, venía á parecer una mera novela de las tantísimas de caballería, paraba en manos chasqueadas sin hacer alto en la sá-tira finísima de su estragado gusto, y al contrario, si se enteraban de su contenido, era un hervidero de alusiones traviesas cifradas en la crítica principal, y le hacía muy al caso un resguardo poderoso con el cual podía correr á su salvo. Acudió Cervantes á Don Alonso Lopez de Zúñiga y Sotomayor, séptimo duque de Béjar, y uno de los paseantes de alcurnia esclarecida que se avenían á apadrinar risueñamente las letras y las artes por vía de relumbró á los dictados de su escelsa ignorancia. Cuentan que el duque, sabedor de que el objeto del *Quijote* era un escarnio, conceptuó comprometidas sus ínfulas y se desentendió de la dedicatoria; pero Cervantes, aparentando avenirse á su despego, pidió únicamente la fineza de oírle leer algun capítulo, y fué tan suma la estrañeza y complacencia de todos los concurrentes, que de un capítulo en otro se fué llegando hasta el fin de la obra; con lo cual, elogiando sin término al autor, el duque, á instancias de todos, tuvo á bien dejarse inmortalizar. Se refiere igualmente que un fraile, confesor del duque y que estaba al par gobernando su casa y su conciencia, malhallado con aquella aceptación, prorrumpió contra el libro y el autor, y reconvinó al señor por la acogida que uno y otro le habían merecido. Aquel ceñudo reverendo teniendo sin duda avasallado á su penitente, quedó olvidado Cervantes, quien ya nada le dedicó en lo sucesivo; pero se desagravió á su modo retratando al vivo el lance y los individuos en la segunda parte del *Quijote*.

Salió á luz la primera parte á principios de 1605; pero antes de pasar adelante con esta narración, hay que cortar su hilo para explicar algun tanto, respecto al intento fundamental del libro, el temple general de los ánimos al tiempo de su publicación.

La temporada en que descolló la caballería andante y sonaron la aventuras de los paladines, individuos de aquel soñado instituto, cae en el intermedio de la civilización antigua y moderna, plazo de barbárie y de lobreguez en que el poder constituía el derecho, y la justicia se deslindaba con retos; en que la anarquía feudal estaba asolando la tierra, y en que la potestad religiosa, acudiendo al arrimo de la autoridad civil, no hallaba mas que la *tregua de Dios* para franquear á las naciones tal cual día de sosiego. Heroicidad era con efecto el desvirarse en tal desconcierto por el amparo de los atropellados; y todo guerrero de pro, que enristrando la lanza y encasquetando el morrion, anduviera por el mundo en busca de trances para ejercitar empeño tan esclarecido, echando el resto de su generosidad y su pujanza, fuera un ente benéfico y endiosado con el asombro y el agradecimiento general. En despejando las carreteras de salteadores desalmados y en arrojando de sus guaridas á aquellos otros foragidos con broquel, que, encumbrados en sus castillos por los riscos, se abalanzaban, como aves de rapiña desde sus breñas, á la presa que les proporcionaban los viandantes desarmados; en habiendo desaherrojado cautivos, afianzado la inocencia, castigado al matador, destronado á los usurpadores; en renovando por aquellos asomos de la sociedad moderna, los trabajos de Hércules, de Teseo y demas semidioses de un mundo anterior y tambien aun en su niñez: entonces su nombre, pregonado de boca en boca, se conservara en la memoria de los hombres con todos los reales de la historia y de la tradición. Las mugeres por otra parte, careciendo todavía de resguardo para su flaqueza en las costumbres públicas, fueran el objeto principal del padrinazgo garboso del caballero andante; el galanteo, nuevo género de amor desconocido en la antigüedad, hijo del cristianismo, escudando la sensualidad con respetos y una especie de culto religioso, hermanara sus entretenimientos con las aventuras sangrientas del justiciero encajonado en acero, cuya vida estuviera así alternando con la guerra y el amor.

Campo habria aquí para un libro y aun para una literatura dilatada. Era muy fácil enlazar la historia de los caballeros andantes con la de las costumbres contemporáneas, la descripción de torneos y funciones, la justicia galanteadora de los juzgados de amor, la canturía de los trovadores y las danzas de los juglares, las peregrinaciones religiosas ó guerreras á la Tierra Santa; y entonces se patentizará el Oriente con todos sus primores á la fantansía del novelador. No era este el blanco ni el asunto de los libros caballe-

rescos. Sin miramiento con la verdad, ni aun con la verosimilitud, iban haciendo torpes desatinos en historia, en geografía, en física, y aun despropósitos muy aciagos en moralidad; nada les ocurría mas que lanzas y cuehilladas, batallas incensantes, proezas increíbles, aventuras ensartadas á lo que saliere, sin plan, sin tino y sin enlace; revolvia carifios y desafueros, vicios y supersticion; llamaron tambien á terciar gigantes, monstruos, encantadores, y no trataron por último, mas que de irse sobrepujando y abultando lo imposible y lo portentoso.

Sin embargo, halagaban por sus mismos desaciertos los tales libros, pues á la sazón hubo eruditos que fueron desenterrando los escombros antiguos; mas careciendo la muchedumbre de pábulo, como idiota y aragana, allá se arrojó tras este cebo para sus ratos ociosos. Por otra parte, desde las Cruzadas, un afán general por expediciones arriesgadas habia ido abriendo y allanando el camino para las novelas caballerescas, y si en España lograron aceptación mas duradera que en todas las demas partes, fué por haberse allí arraigado tambien mas que en otros países la afición á la vida caballeresca. Tras los ocho siglos de guerra incensante con los árabes y moros, habian sobrevenido el descubrimiento y las conquistas del Nuevo Mundo; despues las guerras de Italia, Flándes y Africa. ¿Cómo cabe estrañar el afán por los libros de caballería en un país donde se habian estado practicando sus mismos lances? No fué Don Quijote el primer demente de su calaña, pues el héroe soñado de la Mancha habia tenido ya antecesores vivos, sus dechados de carne y hueso. Abramos los *Varones ilustres de Castilla* por Hernando del Pulgar, y hallarémos decantado el célebre devaneo de Don Suero de Quiñones, hijo del gran bailio de Asturias, quien, despues de prometer hacer astillas trescientas lanzas para rescatarse de los lazos de su dama, defendió por treinta días el paso honroso de Orbigo, como Rodomonte el puente de Mompeller. El mismo cronista, y en el propio reinado de Juan II (de 1407 á 1454), va citando un sinnúmero de guerreros á quienes conocia personalmente, como Gonzalo de Guzman, Juan de Merlo, Gutierre Quesada, Juan de Polanco, Pedro Vazquez de Sayavedra y Diego Varela, que se fueron en busca, no solo de sus vecinos los moros de Granada, sino tambien, á fuer de verdaderos andantes, peregrinando por Francia, Italia y Alemania, y brindando á todo valiente á quebrar una lanza en obsequio de las damas.

La afición descompasada á las novelas fué luego brotando con sus correspondientes frutos. Los jóvenes, malhallados con

la historia que no daba suficiente cebo á sus impetus, se desalaban, como dechados de habla y de acciones, tras los libros que mas les congeniaban. Rendimiento á los antojos mugeriles, amorios adúlteros, honor estragado, venganzas sangrientas por levisimos desaires, lujo disparatado y menosprecio de todo sistema social: este cúmulo de monstruosidades se estaba practicando, y así fueron los libros de caballerías tan aciagos para las costumbres como para el buen gusto.

Clamaron los moralistas contra tamaño desenfreno. Luis Vives, Alejo Venegas, Diego Gracian, Melchor Cano, Fray Luis de Granada, Malon de Chaide, Arias Montano y otros escritores alzaron á porfía su airada voz contra el estrago que estaban acarreado aquellos libros. Acudieron tambien las leyes en su auxilio. Un decreto de Carlos V, espedido en 1543, mandó á los vireyes y audiencias del Nuevo Mundo que no permitiesen imprimir, vender ni leer novela alguna caballeresca á indios ni españoles. En 1555, las cortes de Valladolid instaron, en petición eficaz, por igual prohibicion para la península, solicitando ademas que se recogiesen y quemasen cuantas habia. Ofreció la reina Juana una ley que no vino á promulgarse.

Mas ni clamoreos de retóricos y moralistas, ni anatemas de legisladores alcanzaron á atajar el achaque. Estrelláronse todas las providencias contra la afición á lo portentoso, contra esa afición que ni el discurso, ni el desengaño, ni la sabiduría aciertan á contrastar. Seguian saliendo y gustando las novelas caballerescas; y príncipes, grandes y prelados aceptaban sus dedicatorias. Santa Teresa, muy apasionada en su mocedad á aquellas leyendas, estuvo componiendo tambien su novela caballeresca, hasta que se engolfó en su *Castillo interior* y demas obras místicas. Carlos V se recreaba á hurtadillas con *Don Belianis de Grecia*, uno de los abortos mas desatinados de aquella literatura delirante, mientras lo estaba vedando rigurosamente; y cuando su hermana, la reina de Hungría, trató de solemnizar su regreso á Flándes, no le ocurrió mejor ofrenda en las funciones decantadas de Bins (1549) que la viva representación de un libro de caballería en que fueron desempeñando sus respectivos papeles todos los señores de la corte, y entre ellos el adusto Felipe II. Se habia internado aquella afición hasta por los claustros, donde se leían y componian novelas. Un franciscano, llamado Fray Gabriel de Mata, imprimió, no ya en el siglo décimotercio, sino en 1589, un poema caballeresco, cuyo héroe era San Francisco, patriarca de su orden, y que se intitulaba *El caballero Asisio*. Veíase en la

portada estampado el retrato del santo, á caballo y armado de piés á cabeza, al modo de los grabados que estaban realzando á los Amadises y los Esplandianes. Iba el caballo todo enjaezado y empenachado lujosamente, y llevaba por airones en el morrion una cruz con los clavos y la corona de espigas; en el escudo la imagen de las cinco llagas, y en la banderola de la lanza otra imagen de la Fe y el cáliz, con la siguiente leyenda: *En esta no fallaré*; y aquel peregrino libro estaba dedicado al condestable de Castilla.

En medio de tal desvarío, preso Cervantes en una aldea de la Mancha, se pone á idear el estermio de la literatura caballeresca. Está presenciando su aceptación, su triunfo y sus infulsas; intenta, pobre, arrinconado, desvalido y sin nombradía, sin mas recurso que el de su agudeza y su pluma, abalanzarse á aquella hidra retadora de las leyes y la racionalidad. Mas se valió de arma mucho mas cortante para entronizar la sensatez, que argumentos, sermones y providencias legislativas; á saber, el escarmio. Cabal fué su triunfo. Cuantos moralistas y legisladores habian antes clamado contra los libros de caballería, pudieron decir de Cervantes, como Buffon de Juan Jacobo Rousseau, acerca de las madres criadoras de sus hijos. "Todos habiamos estado aconsejando lo mismo; pero solo él lo ha dispuesto y se ha hecho obedecer." Un gentil hombre de la corte de Felipe III, Don Juan de Silva y Toledo, señor de Cañada Hermosa, habia dado á luz, en 1602, la *Crónica del príncipe Don Policisne de Boccia*; libro tan descabellado, que dejaba en zaga á sus compañeros, fué la última novela caballeresca que nació en España. Impreso el *Quijote*, no tan solo dejó de publicarse otra alguna, sino tambien de reimprimirse las antiguas, que vinieron á escasear en términos de haber parado en curiosidades bibliográficas. De muchas solo queda allá una memoria, y de otras no queda ni aun rastro de sus títulos. Fué en suma la aceptación del *Quijote* tan esclarecida bajo este concepto, que críticos avinagrados han venido á tacharle el extremo opuesto, afirmando que la hiel satírica, trasponiendo su hito, habia malherido y aventado los impulsos del pundonor castellano.

Esplicado ya el intento fundamental del *Quijote*, es hora de acudir á la historia del libro y de su autor. Segun tradición general, que tiene visos de verosimil, se recibió con suma tibieza la primera parte. Leyéronla gentes, como se lo debió maliciar desde luego Cervantes, que ó no la penetraron ó la desatendieron. Ideó entonces echar al público un folleto intitulado *Buscapié*, ó borrachuelo; en el cual, aparentando motejar el libro, espo-

nia su contenido, dando á entender que por mas soñados que fuesen personajes y acciones, cabia que tuviesen relacion con los hombres y negocios de aquel tiempo. Surtió cabal efecto la travesura. Con los apuntes conceptuosos del *Buscapié*, leyeron los discretos el libro, y se trocó la indiferencia en curiosidad. Reimprimióse la primera parte del *Quijote* en España aun en el mismo año de 1605, y voló por fuera inmediatamente con las ediciones hechas en Francia, Italia, Portugal y Flándes.

Aquella aceptación esplendorosa no podía menos de acarrear á Cervantes un resultado mas positivo que el de afamarlo y socorrerlo; suscitóle una caterva de émulo y enemigos. No hablo tan solo de los vanidosos ruines á quienes todo mérito lastima y toda nombradía destempla. Harto rebosaba el *Quijote* de saetazos literarios disparados contra los ingenios ó los celebradores de libros y comedias contemporáneas para no alborotar la chusma literaria. Los mas encumbrados se avinieron placenteramente á los saetazos que les cupieron; y Lope de Vega, quizás el mas malparado de todos, no se mostró agraviado contra el escritor recién aparecido, que se atrevió á salpicar de asomos de hiel el néctar de alabanzas con que á diestro y siniestro lo estaban embriagando. Su nombradía y sus caudales debian mostrarlo garboso; y aun se allanó al agasajo de manifestar que Cervantes no carecia de *estilo* y de *gracejo*. Mas no sucedió otro tanto con los subalternos, que no podian menos de acudir al resguardo de su escaso concepto. Allá se descerrajó un fuego graneado contra el pobre Cervantes, en público y en particular. El uno, encaramado en los desvanes de su erudición pedantesca, lo trataba de *ingenio lego*, falto de cultura y de saber; quien creía agraviarle apellidándolo *Quijotista*; quien lo tiznaba en folletillos, que eran los periódicos de aquel tiempo; quien, bajo su sobre, le enviaba un soneto malvado, y Cervantes para desagraviarse lo daba á luz inmediatamente. Entre la gente de alguna cuantía que le trabó guerra, citarémos á Don Luis de Góngora, fundador de la secta de los cultos, envidioso y criticon de suyo; el doctor Cristóbal Suarez de Figueroa, otro escritor celoso y burlon, y hasta el atolondrado Estevan Villegas, que titulaba *Delicias* sus poesías de principiante, y se hacia representar muy reatadamente en la portada como un sol saliente que empañaba el brillo á las estrellas, añadiendo á este emblema, muy enmarañado por lo visto, una divisa que despejase todas las dudas: *sicut sol matutinus me surgente, quid ista?* Cervantes, que ni era avinagrado ni vanaglorioso, se reiría á carca-

jada de aquel turbion de amor propio disparado contra su nombradía; mas lo que no pudo menos de lastimar su pecho afectuoso fué el desvío de algunos amigos, de aquellos á lo menos que lo son tan solo con el bien entendido de que no se ha de pujar á su nivel, pues el descollar sobre ellos es un delito irremisible. Me pesa el tener que citar á Vicente Espinel, novelista, poeta y músico, que compuso el *Marcos de Obregon*, que inventó la estancia nombrada *espínela* antes de llamarse décima, y que puso la quinta á la vihuela. Por lo demas, fuera preeminencia sin par la de Cervantes, si no hubiese experimentado esos pócimas que acibarán los mas esclarecidos triunfos. Me bastará haberlos apuntado, pues bajo el supuesto de ser inevitables, puedo ya desentenderme de mencionarlos en lo sucesivo.

Coincidió la publicación del *Quijote* con el nacimiento de Felipe IV en Valladolid el 8 de Abril de 1605. Habia ido el año anterior á Inglaterra el condestable de Castilla, Don Juan Fernandez de Velasco, á negociar la paz. Jacobo I, en pago de aquel obsequio, envió al almirante Carlos Howard, para presentar el tratado de paz á la ratificación del rey de España y cumplimentarle por el nacimiento de su hijo. Desembarcó Howard en la Coruña con seiscientos ingleses, y entró el 26 de Mayo de 1605 en Valladolid, donde se le agasajó con todo el boato ostentoso de la corte de España. Entre las solemnidades religiosas, las corridas de toros, los saraos de máscara, las evoluciones militares, las justas en que el mismo rey corrió la sortija, y todas las funciones que se tributaron al almirante, se cita un banquete en que se sirvieron hasta mil y doscientos platos de carne y pescado, fuera del ramillete y los manjares que no tuvieron cabida. Mandó escribir el duque de Lerma una *Relacion* de las funciones, y se imprimió en Valladolid aquel mismo año. Se cree que su autor fué Cervantes, ó á lo menos parece que lo comprueba un soneto de Góngora, testigo presencial¹.

Despues de aquellos regocijos sobrevi-

¹ Este es el soneto de Góngora:

"Parió la Reina: el luterano vino
Con seiscientos hereges y heregias:
Gastamos un millon en quince dias
En darles joyas, hospedage y vino.
Hicimos un alarde ó desatino,
Y unas fiestas que fueron tropelias,
Al ánglico legado y sus espías
Del que juró la paz sobre Calvino.
Bautizamos al niño Dominico
Que nació para serlo en las Españas:
Hicimos un sarao de encantamento:
Quedamos pobres, fué Lutero rico;
Mandáronse escribir estas hazañas
A Don Quijote, á Sancho y su jumento."

TOMO I.

no un acontecimiento aciago que trastornó en gran manera á la familia de Cervantes: encarceláronle por tercera vez. Un caballero de Santiago, llamado Don Gaspar de Ezpeleta, quiso atravesar de noche, el 27 de Junio de 1605, un puente de madera sobre el rio Esgueva, y lo atacó un desconocido. Se trabó pendencia, y empuñando entrambos campeones la espada, quedó traspasado Don Gaspar con varias heridas; pidió socorro y se refugió todo ensangrentado en una casa inmediata. Habitaba en una de las dos viviendas del primer piso de la casa Doña Luisa de Montoya, viuda del cronista Estévan de Garibay, con sus dos hijos, y en la otra Cervantes con su familia. A los alaridos del paciente, acudió Cervantes con uno de los hijos de la vecina, y hallaron á Don Gaspar tendido en el soportal, con la espada en una mano y la rodela en la otra, y lo trasladaron á casa de la viuda de Garibay, donde espiró á los dos dias. Entabló luego sus pesquisas el alcalde de casa y corte Don Cristóbal de Villaroel, y recibió las declaraciones de Cervantes, de su muger Doña Catalina de Palacios Salazar, de su hija natural Doña Isabel de Saavedra, de edad de veinte años, de su hermana Doña Andrea de Cervantes, viuda, con una hija de veinte y ocho años, llamada Doña Constanza de Ovando; de una monja, que se dice igualmente hermana de Cervantes; de la criada Maria de Ceballos, y en fin, de dos amigos que se hallaban en la casa, el señor de Cigales, y un portuques llamado Simon Mendez. Suponiendo á tuertas ó á derechas que Don Gaspar de Ezpeleta habia fenecido por galanteos con la hija ó la sobrina de Cervantes, prendió el juez á todas estas con Cervantes mismo; y tras interrogatorios, audiencias de testigos y afianzamientos, los puso en libertad á los diez dias. Por las deposiciones que mediaron en aquel aciago lance, se comprueba que á la sazón, y para sostener el peso de cinco mugeres que tenia á su cargo, se dedicaba todavia Cervantes á ciertas agencias, y alternaba su ejercicio de literatura con el afan mentecato, pero mas productivo, de los negocios.

Se deja discurrir que Cervantes seguiría la corte, en 1606, y se avecindaría en Madrid, donde estaba mas cerca de sus parientes de Alcalá, y de los de su muger en Esquivias, y en mejor proporcion para sus tareas literarias y sus agencias forenses. Consta innegablemente que en Junio de 1609, vivia en la calle de la *Magdalena*; poco despues á espaldas del colegio de Nuestra Señora de Loreto; en Junio de 1610, en la calle del *Leon* núm. 9; en 1614, en la de las *Huertas*, despues en la del *Duque de Alba*, esquina de la de San Isidro, de donde lo despidieron, y en

C

fin, en 1616, en la calle de Leon núm. 20, esquina á la de Francos, donde falleció.

Vuelto á Madrid Cervantes, asomado á la vejez, sin haberes, y cargado de una familia crecida, tropezando con la misma ingratitud para su ingenio que para sus servicios, en tiempo que si las dedicatorias acarrearán tal cual pensión, nada producían los libros, desatendido por sus amigos, atropellado por sus émulos, y con su práctica de mundo, apeado de todo embeleso y reducido á lo que en castellano se llama *desengaño*, vivió ya siempre retirado y sombrío; afilosofo, sin lamentos, sin murmullos, sin la *dorada mediana* que apetece Horacio para los alumnos de las Musas, antes bien angustiado y menesteroso. Halló sin embargo dos padrinos, Don Bernardo de Sandoval y Rojas, arzobispo de Toledo, y un señor instruido, Don Pedro Fernandez de Castro, conde de Lemos, autor de la comedia intitulada *la Casa confusa*, el cual se llevó en 1610 una cortecilla literaria á su vireinato de Nápoles, y no olvidó desde su lejana cumbre al soldado antiguo y lisiado que no habia podido seguirle.

No cabe explicación para una estrañeza, que por otra parte realza el pundonor de Cervantes, cuanto tizna á los repartidores de los agasajos reales; habló del desamparo en que estuvo varón tan esclarecido, al paso que autorcillos despreciables andaban disfrutando las pensiones que en prosa y verso habian pordioseado. Se cuenta que un día Felipe III, asomado á la parte del palacio que caía al Manzanares, vió un estudiante que se paseaba con un libro en la mano por la orilla de aquel río. El manteista se paraba, manoteaba, se palmoteaba la frente y prorrumpía en carcajadas. Reparando Felipe aquella comedia, exclamó: "Aquel estudiante ó es loco ó está leyendo el *Quijote*." Acudieron palaciegos diligentes á comprobar la agudeza del monarca, y volvieron á participar al rey que con efecto el enagenado estudiante estaba leyendo el *Quijote*; mas á ninguno de ellos ocurrió el recordar al príncipe el sumo desamparo que estaba persiguiendo al autor de libro tan popularmente celebrado.

La primera edición del *Quijote*, la de 1605, se hizo en ausencia del autor, y por un manuscrito de propio puño, esto es, de trabajosísima inteligencia; y así estaba plagada de erratas; pero Cervantes, recién avecindado en Madrid, se esmeró en dar á luz otra edición de su obra, repasándola con ahinco; y esta segunda, muy preferible á la primera, ha servido de norma á las siguientes.

Dos años despues sacó Cervantes á luz las doce *Novelas*, que, con las dos embebidas en el *Quijote* y la recién hallada,

componen la colección de las quince *Novelas* que habia ido componiendo, desde su mansion en Sevilla, como queda dicho refiriéndonos á aquella temporada. Aquel libro, que iba calificado en el privilegio de pasatiempo muy honesto, donde campea el señorío y el caudal de la lengua castellana, mereció agasajo que el *Quijote*. Lo remedó por dos rumbos Lope de Vega, componiendo luego sus *novelas*, muy inferiores á las de Cervantes, y sacando á plaza asuntos ya tratados por él. Otros dramáticos sobresalientes acudieron al mismo manantial, entre otros Fray Gabriel Tellez, conocido bajo el nombre de Tirso de Molina, que llamaba á Cervantes el *Bocacio español*; luego Don Agustín Moreto, Don Diego de Figueroa y Don Antonio Solís.

Publicó Cervantes, despues de las *Novelas*, en 1614, su poema intitulado *Viaje al Parnaso*, y el dialoguillo en prosa con que lo acompañó bajo el nombre de *Ajunta al Parnaso*. En el poema, remedo del de Césare Caporali, de Perusa, e-logiaba á los ingenios contemporáneos, sajiando despiadadamente los intrusos de la escuela nueva, cuyas alteraciones torpes y desatinadas plagaban la hermosa lengua del *siglo de oro*. Quejábese en el diálogo de los comediantes que no querían representar ni sus dramas ya antiguos, ni los que acababa de componer. Para sacar algun partido de sus tareas dramáticas, trató Cervantes de imprimir su teatro, y acudió al librero Villaroel, uno de los mas conceptuados en Madrid, quien le contestó sin rodeos: "Un escritor de nombradía me ha enterado que se podía esperar mucho de vuestra prosa, pero que de los versos absolutamente nada." Atinado era el fallo, aunque algo adusto, y debió hacersele amarguísimo á Cervantes, que estuvo poetizando á *despecho de Minerva*, y se desvivía añiñadamente tras el concepto de poeta. Imprimió sin embargo Villaroel, en Septiembre de 1615, ocho comedias y otros tantos entremeses, con una dedicatoria al conde de Lemos y un prólogo, no tan solo muy agudo, sino interesantísimo para la historia del teatro español. Imperaba allí Lope de Vega, y asomaba el competidor que iba á desbancarlo. Recibió el público desabridamente los dramas selectos de Cervantes, y no tuvieron á bien los comediantes representar ni uno solo; ingratos fueron tal vez ellos y el público, mas no injustos.

Salió á luz aquel mismo año de 1615 otra obra de Cervantes que se hermana con cierta particularidad muy reparable. Conservaba todavía España la práctica de las *justas poéticas*, tan de moda en el reinado de Juan II como las guerreras, y

que se han ido conservando por el medio de la Francia, con el nombre de *Juegos Florales*. Habiendo canonizado Paulo V en 1614, la ínclita Santa Teresa de Jesus, se propuso para asunto del certamen el triunfo de aquella heroína claustral; y Lope de Vega era uno de los jueces. Había que cantar los éxtasis de la Santa, al remedo de la oda llamada *cancion castellana*, y con el metro de la primera égloga de Garcilaso de la Vega: *El dulce lamentar de dos pastores*. Acudieron todos los escritores de nombradía, y Cervantes, constituido poeta lírico á los setenta y siete años, envió tambien su oda, que, sin ganar el premio, se imprimió entre las mas aventajadas en la *Relacion* de las funciones que tributó la España toda en obsequio de su esclarecida hija.

Tambien salió á luz en el mismo año la segunda parte del *Quijote*.

Se hallaba ésta muy adelantada; y Cervantes, que la tenia anunciada en el prólogo de sus *Novelas*, la trabajaba con ahinco, cuando á mediados del año de 1614 apareció en Tarragona una continuación de la primera parte, como parto del licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de Tordesillas.

Este era un nombre postizo, bajo el cual se encubría aquel plagario descocado, que, en vida del autor primitivo, le defraudaba del título y del asunto de su libro. No ha sido dable desenmarañar su verdadero nombre, pero se conceptúa positivo, por las pesquisas de Mayans, del P. Murillo y de Pellicer, que era un aragonés, dominico del convento de predicadores de Zaragoza y uno de los autores de comedias á quienes tan chistosamente habia motejado Cervantes en la primera parte del *Quijote*. A fuer de salteador que moteja á sus despojados, el supuesto Avellaneda encabezaba su libro vaciando la hiel de un pecho todo carcomido de zelos rencorosos, y descargando sobre Cervantes soeces desvergüenzas. Tratábale de manco, viejo, adusto, envidioso y calumniador; le tildaba sus desventuras, su encarcelamiento y su desamparo; le tachaba en fin, de carecer de ingenio y de agudeza, y se jactaba de privarle del despacho de su segunda parte. Cuando el libro llegó á manos de Cervantes, cuando vió tanto baldon encabezando un aborto insulso, pedantesco y torpe, amostazado con aquel descoco, trató de prorrumpir en un desagravio competente, y se atropelló para acabar su libro en términos que los últimos capítulos adolecen de azoramiento. Mas quiso que fuese cabal el parangon entre ambas obras. Al dedicar sus comedias al conde de Lemos, á principios de 1615, le decía: "Queda Don Quijote con las espuelas calzadas para ir á besar los pies á Vuestra Esce-

lencia. Llegará algo mal trecho, por haberle descaminado y ofendido en Tarragona; sin embargo, ha sacado certificación formal para que conste que el contenido en esta historia no es él, sino un intruso que quiso ser él y no lo pudo conseguir." Hizo mas Cervantes, pues en el mismo testo del *Quijote* (prólogo y cap. 59) contestó á los torpes denuestos de su plagiarío, sin dignarse no obstante pronunciar su verdadero nombre, con escarnios primorosos y satirillas áticas, sobreponiéndose igualmente con el garboso señorío de su conducta y lo perfecto de su composición. Mas para apear á los Avellanedas venideros de todo intento de nuevas profanaciones, acompañó por esta vez su héroe hasta la huesa; le recibió el testamento, la confesion y el postrer aliento, lo enterró, lo rotuló con su epitafio, y pudo exclamar con fundado y sublime engreimiento: Aquí Cide Hamete dijo á su pluma: "Aquí quedarás colgada desta espetera.... peñola mia, á donde vivirás largos siglos, si presuntuosos y malandrines historiadores no te descuelgan para profanarte."

Hay que hacer aquí alto para examinar el *Quijote*, no en sus antecedentes y en su origen, sino en sí mismo, para conceptuar al fin bajo su principal realce este libro inmortal, la obra mas grandiosa de su autor y de su patria.

Montesquieu hace que Rica diga (*Cartas Persianas*, núm. 78): "Los españoles tan solo tienen un libro de provecho, y es el que ridiculiza á todos los demas." Esta es una de las chanzonetas donosas y ecsageradas que halagan con su demasia, y que no deben tomarse con formalidad. ¿Quién se ha amostazado en Francia por lo que dice Rica al fin de la misma carta: "Por lo visto, los franceses, mal opinados para sus vecinos, emparédan algunos locos para dar á entender que no lo son los que están fuera?" Ambas chanzonetas, en mi concepto, corren parejas. No obstante la definición que apunta Montesquieu del *Quijote*, no es esacta. Si no tuviese mas realce que el de ir zumbando las novelas caballerescas, poco les sobreviviera, pues despachada su faena, quedara tan enterrado el vencedor como los vencidos. ¿Vamos ahora por ventura tras la befa de Amadises, Esplandianes, Platires y Don Kireleisones? Por supuesto que Cervantes conceptuaba por uno de sus méritos el de aventar aquella disparatada y aciaga literatura, y bajo este respecto su obra es un rasgo de moralidad que está hermanando las dos prendas preeminentes de la verdadera comedia, esto es, enmendar embelesando; mas el *Quijote* tiene otro primor que el de satirizar novelas añejas, y por lo mismo trato de apuntar las varias trasformaciones que

cupieron al asunto en la fantasía del autor.

Me hago cargo de que Cervantes al principio se ciñó á mofar y soterrar la literatura caballeresca, pues así lo afirma terminantemente en su prólogo, cuanto mas que hartó abultan las inadvertencias extrañas y las contradicciones en la primera parte del *Quijote*, para conceptuar por estos mismos lunares (ya que lo sean) la prueba patente de que lo entabló por enfado, por un destempe y sin premeditado intento, soltando la rienda á su fantasía y á su pluma, encontrándose con ser novelista como La Fontaine era *fabulero*, sin suponer tanta entidad á su obra que la abarcarse de extremo á extremo y muy de antemano. Don Quijote por el pronto no es mas que un demente, un loco rematado y de apaleo, pues el desastrado hidalgo lleva mas palizas y coces que pudieran sobrellevar los lomos del mismo Rocinante. Tampoco es Sancho Panza mas que un labriego zompo y badulaque, yéndose por interes ó por sandez y á ciegas tras los desatinos de su amo. Mas esto va que vuela, pues no le cabía á Cervantes el atasearse entre la locura y la irracionalidad. Se encariña ademas con sus héroes, *hijos* como los llama, *de su entendimiento*; y luego les traspasa su tino, su agudeza, repartiéndoles uno y otro con peso y medida. Infunde al amo el despejo acurbrado y unos alcances atinados el estudio y el raciocinio; y al criado el instinto escaso, pero muy certero, la sensatez innata, y la rectitud cuando no la turce el interes, que cabe á todo hombre al nacer. El destempe de Don Quijote se encajona en una sola casilla de su cerebro, y su manía es el disparo de un varon honrado á quien la sinrazon lastima y la virtud arrebatada. Cabila mas y mas sobre constituirse consuelo de afligidos, campeón de todo desamparo y el coco del soberbio y del inicuo. Sobre todo lo demas discurre primorosamente, perora con elocuencia, es *mas propio*, como le dice Sancho, *para predicador que para caballero andante*. Por su parte Sancho, aunque tosco y natural, es travieso y malicioso; y así como Don Quijote solo tiene un ramo de loco, él adolece de crédulo, y lo descamina mas su amo con el despejo de su entendimiento y el cariño que le tiene cobrado.

Se entabla con esto un espectáculo asombroso; pues se están viendo aquellos individuos, tan inseparables como el alma y el cuerpo, como se acabalan mutuamente; hermanados con un intento pundonoroso al mismo tiempo y disparatado, obrando á lo insensato y hablando á lo cuerdo, espuestos al escarnio y tal vez á la irracionalidad de las gentes, y sacando á luz los achaques y desatinos de sus atropellado-

res; moviendo al lector á risa, á compasion, y luego á cariño entrañable; acertando á enternecerlo al mismo paso que á divertirlo y aleccionarlo; y labrando por fin con aquella contraposicion incessante de entrambos entre sí y con todos los demas el campo inalterable de una comedia inmensa y siempre nueva.

En la segunda parte del *Quijote* es donde está descollando el nuevo concepto del autor, sazonado mas y mas con la edad y el trato de las gentes. Suena la caballería andante lo preciso para continuar cabalmente la parte primera, y abarcarlas y hermanarlas en el plan general. Mas ya no se ciñe á la glosa de novelas caballerescas: es un libro de filosofía práctica, un tesoro de máximas, ó mas bien de parábolas, una crítica atinada y suave de la humanidad entera. Aquel nuevo personaje embebido en la familiaridad del héroe de la Mancha, el bachiller Sanson Carrasco, ¿no es la incredulidad dudadora que se mofa de todo, sin recato y sin miramiento? Y citando otro ejemplo, ¿quién al leer, por la vez primera aquella segunda parte, no conceptúa que Sancho, revestido del gobierno de la insula Barataria, iba á hacerle reír á carcajadas? ¿Quién no se figuró que el gobernador repentino cometería mas desatinos que Don Quijote en su penitencia de Sierra Morena? Equivócanse de medio á medio, y el número de Cervantes allá volaba lejísimos del entendimiento del lector, sin echarlo no obstante en olvido. Su intento era demostrar que la ciencia tan decantada del entendimiento de los hombres, no es arcano vinculado en una alcurnia ó gerarquía, sino que es obvia para todos, y que para su acertado desempeño se necesitan otros requisitos mas preciosos que la noticia de leyes y el estudio de la política, á saber, la sensatez y la sana intencion. Sin desafinar en sus alcances, y sin traspasar la esfera de su entendimiento, sentencia y atina Sancho como el mismo Salomon.

Salió á luz la segunda parte del *Quijote* diez años despues de la primera, sin que Cervantes, al publicar ésta, hubiese tratado de continuarla, pues reinaba á la sazón la moda de ir dejando colgadas las obras de imaginacion, dándolas por concluidas en lo mas revuelto de los lances y en lo mas interesante de la fábula, como lo hacia el Ariosto con los cantos de su poema. Ni el *Lazarillo de Tormes*, ni el *Diablo Cojuelo* tienen desenlace, como tampoco la *Galatea*. No fué tampoco la continuacion de Avellaneda la que movió á Cervantes para componer la suya, pues la tenia ya casi concluida cuando asomó la otra. Si el *Quijote* fuese sátira meramente literaria, debia quedar descabalado, y Cervantes lo siguió con

el ánimo que yo innegablemente le atribuyo. Así que las dos mitades de la obra están ofreciendo un fenómeno sin par en literatura, y es una segunda parte, ideada á solas, que no solo se empareja, sino que sobrepuja á la primera, pues su intento fundamental es mas grandioso y fecundo; y luego la obra trasciende á todos los tiempos y paises, habla á la humanidad en su idioma universal, y por fin este es el libro que mas encumbra aquella prenda tan ascendrada y sin par de la especie humana, el tino tan escaso, la sensatez tan preciosa, que se aventaja á todo.

Ha sido mi ánimo tan solo ir esplicando históricamente el libro de Cervantes, pues ¿á qué conduce elogiarlo? ¿quién no lo ha leído? ¿quién no lo sabe de memoria? ¿quién no ha dicho con Walter-Scott, sumo celebrador de Cervantes, como su mas digno competidor, que es una de las obras mas esclarecidas del ingenio humano? ¿Hay cuento mas popular, historia mas certera para agradar á todas las edades, á todos los gustos, temples y estados? ¿No se está viendo á toda hora á Don Quijote estirado, cenceño y circunspecto, á Sancho rechoncho, cuadradillo y chancero, y á su muger y al ama, al cura, barbero al maese Nicolás, á la moza Maritónes, al bachiller Carrasco y á tantísimos mas? ¿Y á todos los personajes de la historia, comprendiendo á Rocinante y el rucio, otra pareja de amigos inseparables? ¿cabe olvidar cómo se ha ideado y desempeñado este libro? ¿cabe no estar palpando con asombro la unidad perfectísima del plan y la variedad portentosa de sus pormenores?—¿Aquella fantasía tan rebosante y tan pródiga que está saciando mas y mas el afan de todo leyente?—¿Aquella maestría sobrehumana con que se van siguiendo y enlazando los episodios, enardecidos con un interes siempre variado y siempre pujante, y de que se prescinde sin embargo para apersonarse mas regaladamente y á solas con los dos héroes?—¿Su consonancia y su contraposicion al mismo tiempo, las sentencias del amo, los chistes del escudero, un señorío nunca empalagoso, una jovialidad nunca chocarrera, una hermandad naturalísima entre la chanzoneta y la sublimidad, la carcajada y el embeleso, entre el pasatiempo y la moralidad? ¿Cabe por fin el no estar percibiendo el hechizo de aquel precioso lenguaje, tan fluido y armonioso, señoreándolo todo con sus entonaciones y matices; de aquel estilo donde se cifran todos desde el cómico mas llano hasta la elocuencia mas grandiosa, y que ha hecho decir que el libro "está divinamente escrito en una lengua divina?"

Pero ¡ay! que este último regalo está vinculado en los que logran la dicha de

leerlo en su original. Voló aquel tiempo en que se hablaba el castellano en Paris, en Bruselas, Munich, Viena, Milan y Nápoles, cuando era el idioma de las cortes, de la política y de los estrados; lo ha desbancado el frances. Se hace obvio, en desquite, á cada cual el figurarse que está leyendo el *Quijote* lográndolo trasladado á su propia lengua, puesto que si es el libro mas leído, es tambien el mas traducido de cuantos se conocen. Lo está en holandés, en sueco, en dinamarqués y en ruso. Sumos escritores, como Tieck y Soltan, se han dedicado á prohijar en Alemania el parto de Cervantes. Se le cuentan diez traductores en Inglaterra; Shelton, Gayton, Ward, Jarvis, Smollett, Ozell, Motteux, Wilmont, Durfey, J. Phillips, ademas de un comentador inteligente, como el doctor Juan Bowle; y quizás otros tantos en Italia desde Franciosini hasta el anónimo de 1815, para el cual dibujó Novelli sus grabados. Mayor es todavia el número en Francia, si se juntan todas las versiones que han salido desde los primeros bosquejos de César Oudin y de Rosset, contemporáneos de la obra, hasta las tres traducciones publicadas en el siglo presente. El número de ediciones, de la sola traducción de Fileau de San Martin, publicadas en Francia, ascendia ya ¿se podrá creer? á cincuenta y una, y luego ha salido la cincuenta y dos. Esta aceptación sin igual está esclarecidamente demostrando los sumos quilates de mérito de la obra original y la curiosidad mas y mas ahincada que sigue excitando de generacion en generacion. Se requiere con efecto que atesore el *Quijote* un empuje vivífico ó mas bien que lleve consigo el sello de la inmortalidad, para retoñar así tan gloriosamente sobre los cercenes violentos de sus traductores. No cabía que alcanzasen todos la maestría y trascendencia de un libro que hasta logró burlar á los buscadores del santo oficio. De allí proceden aquellas hablas preñadas, aquellas alusiones agudísimas, aquellas ironías primorosas, velos discretos que iba tendiendo Cervantes para encubrir á la vista de la Inquisicion pensamientos harto arrojados y recónditos para presentarlos sin rebozo. Habia, hace ya doscientos años, que leer el *Quijote* como el epitafio del licenciado Pedro García, y hacer como el estudiante del prólogo del *Gil Blas*, volcar la losa para saber cuál era el alma enterrada. Particularmente ahora que ya se nos trasponen las alusiones contemporáneas, queda el sentido mas recóndito. Se muestran las palabras; pero los conceptos se encubren. Se requiere una clave, y esta no se logra sino en los comentarios de Bowle, de Pellicer, de la Academia española, de Fernandez Navarre-